

RADAR LIBROS HELP A ÉL

Radar libros actualiza todos los Domingos a las 18 hs.

MIS RECORTES: 0 [0%]

DOMINGO, 21 DE AGOSTO DE 2011

RADAR LIBROS



Help a él

Hace exactamente un año, moría Fogwill. Así como había escrito algunos de los mejores cuentos argentinos de las últimas décadas, una novela emblemática sobre Malvinas (Los pichiciegos) y un puñado de novelas en las que diseccionaba con ojo sociológico el devenir de la sociedad argentina en democracia, él mismo se había ocupado de mitificar su vida: cárcel por estafa, fortunas dilapidadas, doble vida publicitaria y mucha cocaína. Durante estos doce meses, su hija Vera, que ya lo despidió en un texto memorable en este suplemento, se encargó de lidiar con su legado: sus papeles póstumos, su caótico departamento y su fantasma. Concluida la tarea, este es el texto con el que da por terminado el duelo.

Eramos tan pobres

Por Angel Berlanga

Literatura y conspiración

Por Laura Galarza

Enigmas plebeyos

Por Juan Pablo Bertazza

La arqueología del saber

Por Sebastian Basualdo

El metafísico que no quería dormir

Por Guillermo Saccomanno

Los paraísos artificiales

Por Alejandro Soifer

DE COLECCION > UNA SERIE DE LIBROS, CLASICOS Y CONTEMPORANEOS, CON LO MEJOR DEL ARTE Y LA ESTETICA.

Hermosos y malditos

Por Gabriel D. Lerman

LIBROS | CONTACTO: radar@pagina12.com.ar

RADAR LIBROS

DOMINGO, 21 DE AGOSTO DE 2011

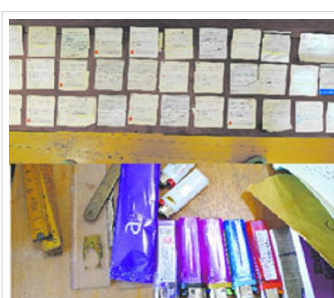
Help a él

Hace exactamente un año, moría Fogwill. Así como había escrito algunos de los mejores cuentos argentinos de las últimas décadas, una novela emblemática sobre Malvinas (Los pichiciegos) y un puñado de novelas en las que diseccionaba con ojo sociológico el devenir de la sociedad argentina en democracia, él mismo se había ocupado de mitificar su vida: cárcel por estafa, fortunas dilapidadas, doble vida publicitaria y mucha cocaína. Durante estos doce meses, su hija Vera, que ya lo despidió en un texto memorable en este suplemento, se encargó de lidiar con su legado: sus papeles póstumos, su caótico departamento y su fantasma. Concluida la tarea, este es el texto con el que da por terminado el duelo.

Por Vera Fogwill

Todo este año de mi vida se definiría desde afuera como el año de duelo. La palabra duelo tiene su origen en el latín duellum y significa "guerra". Por lo tanto, permite hacer referencia a la pelea o al enfrentamiento entre dos personas o dos grupos. El duelo psicológico, por otra parte, según los diccionarios, es un proceso que tiene lugar tras una pérdida irreparable. El duelo es una reacción natural y necesaria ante la pérdida de un ser querido (la muerte de un familiar, un amigo, una mascota, etc.) o de un evento o condición (un divorcio, un despido laboral). En mi caso podría acercarse más al otro duelo, aquel que se disputa entre dos personas, y agregaría mundos y, agregaría, entre dos universos: el de acá y el de allá. El de "vivir afuera" o "adentro". Yo siempre viví adentro. Silvina Ocampo dijo: "No soy sociable, soy íntima". En esa frase me veo reflejada. Quizás mi padre lo percibió más que nadie antes y después del combate, la guerra, el duellum. En la dedicatoria de su libro Vivir afuera me escribió: "A mi hijita que vive demasiado adentro porque sabe que tal vez afuera es peor, el viejo". La tragedia empieza antes de la tragedia y la guerra, entonces, comienza antes que se disparen las primeras armas. Me prometí que el 21 de agosto voy asesinar a mi padre y así lo haré. Quizá sea la única forma de retomar mi propia vida. Aquella que yo había elegido para mí y no la que el destino me entregó como alternativa. Mi padre hoy es esa persona que me va guiando y que dirían los yorubas tomó posesión de mí y, por ende, me ha dejado obsesiva. Pero no hay enfermedad mientras el enfermo la padece con conciencia y sabiduría. Si hubiera estado, aparentemente vivo, o aparentemente muerto, no me hubiera costado tanto.

Entré a su casa recién al mes. Antes no quise. Abrí intentando no electrocutarme con la llave de luz de al lado de la puerta, que siempre había estado en corto. Las moscas zumbaban y volaban de un lado al otro. Giro mi cabeza y veo los restos de su última cena. El plato de fideos con tuco al ajo sin lavar junto a las cacerolas habían invitado a cientos de insectos voladores, a los cuales, por una vez en mi vida, no les tuve miedo. El terror que me invadía era tan grande que nada ya podía darme pánico. A lavar los platos —me dije—. Era lo primero que supe que debía hacer, como si pudiera lavarme las manos de paso en ese hecho —y ojalá lo pueda hacer de una vez y de tantas cosas a la vez.



Dos de las muchas colecciones que Vera Fogwill encontró en la casa de su padre: los boarding pass y encendedores.

Las hijas mujeres limpiamos los restos de todo, repartimos las cosas, tiramos los calzoncillos y forros sin usar y donamos lo que queda. Menos los zapatos, si somos judías, por si el muerto sigue caminando, como dice la tradición. ¿Pero si somos solo boludas?... ¿Qué hacemos?... Todo. Todo lo que hay que hacer, más lo que harían los otros, de los otros, por las dudas y también cualquier idiotéz que se te cruce en ese



Los cables que tardó meses en desatar y el cinturón de seguridad que se robó de un avión y usó para colgar un helecho.

Imagen: Fotos de los objetos: Soledad Calvano y Coty Largaña.

SUBNOTAS

- » [Gentes:](#)
- » [A todos ustedes:](#)

MIS RECORTES: 0 [0%]

RADAR LIBROS INDICE

NOTA DE TAPA
[Help a él](#)
Hace exactamente un año, moría Fogwill. Así como había escrito algunos de los mejores cuentos...
Por Vera Fogwill

[Eramos tan pobres](#)
Por Angel Berlanga

[Literatura y conspiración](#)
Por Laura Galarza

[Enigmas plebeyos](#)
Por Juan Pablo Bertazza

[La arqueología del saber](#)
Por Sebastian Basualdo

[El metafísico que no quería dormir](#)
Por Guillermo Saccomanno

[Los paraísos artificiales](#)
Por Alejandro Soifer

DE COLECCION > UNASERIE DE LIBROS, CLASICOS Y CONTEMPORANEOS, CON LO MEJOR DEL ARTE Y LA ESTETICA.
[Hermosos y malditos](#)
Por Gabriel D. Lerman

segundo. Porque las boludas no podemos esperar y pensamos todo al mismo tiempo. ¿Y si además de boluda sos médium?... ¿Qué hacés?... Y, te convertís en una boluda tamaño mayor, que además está psicótica. ¿Pero si en el fondo sos indispensable? ¿Qué hacés?... Hacés todo lo que les corresponde a todos los demás. ¿Y si en el fondo hay un ser humano? Te vas dando cuenta en el duellum cuando la situación es tan miserablemente triste y desencantadora que entendés que tenés una raza. Terminé de lavar los platos sin pensar en todo eso. Abrí los ventanales y los insectos huyeron de mí. ¿Y ahora? –me pregunté. Pensé en la revolución rusa, en estudiar la estrategia y el territorio, en la causa y en el efecto. Me doy vuelta y veo el campo de acción. Todo estaba ahí tal cual lo dejó en su última visita. No podía darme cuenta si fue antes o después de fallecer. Me llama una carta. Me acerco, es de la empleada y está sobre la mesa. Dice: “Señor vine pero no lo vi”. Esa nota la firma mi hermano, el que me sigue, con solo un “recibido” y la fecha. Quizá “él” pensaba que “él” era un fax. Pienso que debe haber sido cuando trajo sus pertenencias del hospital. Nadie más entró. Yo levanto el teléfono y la llamo: –Se murió. Domingo ya lo sabía por su otra patrona que lo leyó en el diario. Silencio. Tristeza. Le pregunto cuánto le debía. Sabía que mi padre dejaba grandes deudas y que esa sería pequeña. Venga mañana –le digo-. Ahora sí miro todo. Pero sólo veo botellas de agua. Ese día iba sólo por unas horas al mediodía pero terminé sin poder irme hasta la mañana siguiente. Habré tirado siete bolsas de consorcio de botellas de agua abiertas pero sin terminar. Dengue. Primero pensé en tirar el agua y guardar la botella. Después de unas horas de hacer este acto tan inútil –como otros tantos que suelo hacer– me dije: ¿Para qué voy a guardar la botella? Pensé en hacer un castillo ecológico de botellitas en la plaza para los chicos. Una vez había visto en Cabo Polonio una casa así pero de botellas de vidrio. Luego pensé que era absurdo y así tiré siete bolsas de consorcio de botellas con agua sin importarme más el dengue. También muchos frascos de vidrio de yogur y de miel y bolsas. Fogwill coleccionaba botellas, bolsas de plástico de los supermercados chinos y frascos. Eso era la parte ecológica. Todo lo reciclaba. No compraba un frasco para cereales, ponía los cereales dentro del frasco vacío de la miel. Y no tiraba nada. Fogwill coleccionaba motores de barco, discos rígidos, monedas, tickets de avión, boletos de metro europeos, tuercas, herramientas de todo tipo, cables de computadora, adaptadores, enchufes y llaves de todos los tamaños. Llaves que no abrían nada. Y sólo encontré puertas sin cerrar. Es que jamás cerraba la puerta de su casa, vivía con la puerta abierta. No era exhibicionismo era sólo el control de la vida de los otros que miraba pasar. No usaba perchas. La ropa colgaba por un sistema de sogas de barco, especialmente instaladas, en la baranda de las escaleras; o colgaban a través de un diseño exclusivo de lentes de agua, uno a otro anudados, armando una cadena de enganche para sus trajes, tapados y pilotos que nunca colgaba dentro de un placard y que planchaba colocándolos un rato dentro de la heladera. Cientos de cables de sus computadoras viejas creaban unos colgantes para los hehechos que se estaban muriendo de un mes sin agua. A regarlos a partir de ahora y tres veces por semana –me ordené-. Para regarlos tenía que subir unas escaleras y poner un balde debajo porque perdían agua y arruinaban aún más el piso. Fogwill también se robó un cinturón de seguridad de un avión y lo colocó en una viga para atar una planta que colgaba. Me llevó casi dos meses desanudar todos los sistemas de enganches de cables, sogas y cinturones. Pero esa noche solo me ocupé de sacar las máscaras de oxígeno, las sondas de pierna ambulatorias, los puff de los inhaladores que habitaban todas las partes y los remedios, por si mis hermanos menores querían ir, para evitarles el escenario. Pero cuando tuve un container preferí guardar todo e inventariarlo. El inventario de medicamentos que hice tiene diez páginas. Un poco más tiene el inventario de cables. ¿Cómo explicar que me dejó tantas curitas?... Vaya ser que me lastimara. O tantos puff que coleccionaba en frascos. O respiradores. ¿Pensaba que me quedaría sin aire ya?... ¿Lo sabía?... ¿Cómo conciliaba la medicina homeopática y la alternativa con las sobredosis que se pegaba de combivent, butral salbutamol, atrvent HFA y Salbutral. El kilombo Fogwill y su orden es casi indescriptible. De cada libro se me caía una pasta diferente, un pucho roto semifumado y un forro. A los puchos los partía en la mitad y luego los pinchaba con un alfiler para que la nicotina y el alquitrán se esfumaran antes de llegar a su boca. Consejos de los cantantes de ópera. Nunca pensó en mejor dejarlos. O de un libro se resbalaba una moneda, un ticket, una nota y un fáltil. También de uno, se me cayeron sus uñas, se devela que mientras lo leía, se las había cortado. Estaría aburrido. Pero los dientes estaban en otra parte.

Esa noche, tomé la decisión de ir a visitarlo día tras día. Entrar, sentarme en su butaca de madera y mimbre a mirar, a leer, a pensar, a encontrar, a tirar, a guardar. Los primeros meses me quedé simplemente sentada sin

saber cómo empezar abrumada por su universo. En realidad estaba aplastada no sentada. Ahí se me apareció, al poco tiempo. Era una noche de tormenta y me imaginé que se inundaba su casa, cosa que sucedía con la lluvia. Fui. Barrí la pileta que se había creado en la terraza y saqué las hojas de la canaleta apurada. Bajé empapada las escaleras caracol y lo vi. Estaba riéndose en su sillón recostado, con el dedo pequeño introducido en su boca y cantando su pipi-piipi –que era un loop, de dos negras, una blanca con puntillo y otra negra, más un silencio de semicorchea, que desde que había dejado de fumar (decía él) funcionaba como una palilalia que no podía evitar y que, para peor, se le pegaba a todo el mundo. Hasta mi hijo hace ese pipi-piipi el día de hoy. Allí estaba él, tirado, contento, regocijándose en que su hija finalmente estaba ahí, ordenándole todo, como cuando era una nena. Tenía ocho años y llegaba a su casa el sábado a la mañana y me dirigía a limpiar la cocina de toda su semana: los platos y los restos de sus tertulias con amigos. Dejaba todo impecable y a eso de las cuatro de la tarde lo despertaba para una reunión importante a la que él finalmente no asistía y seguía durmiendo hasta las seis o siete. Antes de despertarse siempre gritaba como un moribundo “aguaaa”. Y ahí estaba él, sonriendo. Help a él. Eran las nueve de la noche. Y no tuve miedo. Más bien me confirmó lo que intuía. Era mi guía. El y yo habíamos tenido experiencias mediúmnicas juntos. Veinte años atrás ambos vimos a mi abuela la misma noche vestida igual pero treinta años más joven de cuando se fue. Sin embargo, yo se lo confesé tiempo después, para explicarle claramente que su hija desvariaba y él me dijo que no, que él la vio vestida igual, de la misma manera, esa misma noche, confirmándose que desvariábamos los dos. Silencios. Es una habilidad que no practico. Llega. No la ejecuto. Me obliga. Y ciertos libros de ejercicios espirituales que ambos estudiamos en silencio me lo comprueban. Libros que aconsejan golpearse con cinturones de noche hasta sangrar para resistirse a las visiones. Pero estoy segura de que ninguno tuvo que practicarlos. Las torturas nos llegaron de la vida solas sin tener que hacer ningún esfuerzo y sangraron solas también y ya ni duelen pero tampoco cicatrizan. Ese poder Fogwill lo usó para combatir su adicción a la cocaína. Como hizo la carrera de medicina, aunque jamás ejerció de médico más que suyo, fue dejándola. Durante diez años fue graduando paulatinamente la dosis hasta llegar a estar limpio. Debía tomar algo como para evitar la agresividad y violencia que lo poseían sin motivos más que un ruido o una pregunta tonta de otro. Sus últimos diez años era un santo y hasta naturista. Ni rasgos de aquél.

Y así, durante casi un año él me diría qué hacer, cómo y dónde. Al muerto le llegaban mes a mes sus tarjetas, llegaban las cuentas de banco, los créditos pedidos meses antes de irse. Varias cuentas de banco para ceros centavos. Y ahí estaba la poseída, sentada con su abogado o visitando bancos y a los encargados de cuentas, cerrándolas y enterándome de sus movimientos, del dinero que pidió solo meses antes de irse para comprarse una digna computadora nueva. Pero eso no es nada. Los hackers para desentrañar sus diferentes contraseñas de banco, de mail, de web, de computadora para la privacidad de sus trabajos. Los detectives que me iban dando las claves. Y así. Un día –el primero y último– que entré en una de sus cuentas de mail encuentro una carpeta que decía locos. Decido empezar por ahí, ni lo dudo, es un mensaje. Abro el primer mail de la carpeta. Una joven de nombre desconocido para mí le escribía: “¿Y Fogwill?... ¿Quién va limpiar y ordenar tu casa cuando te mueras?” Parecía un chiste de mal gusto suyo. Faltaba su risita. Desistí. Yo no voy a leer sus mails para informar a la familia de tal o cual cosa, no voy a encontrar lo que falta, no voy a esclarecer las dudas. Sí, digo la familia y no me involucro. Es que es la familia y yo. Yo no formo parte de ninguna otra familia más de la que elegí. Tengo hermanos que amo. Pero es mi papá y el de ellos. Todos hemos sido hijos únicos. Nada me ha unido a mi hermano pianista, ni a mi otro hermano que vive afuera, cerca, pero afuera. O a los otros, tan chicos que directamente tuvieron otro padre, otra persona, tan distinta a la que era. Un padre con treinta años de padre y errores para mejorar. Un padre mejor. Y todos vivenciamos su muerte de manera distinta. Así llamé a una amiga historiadora que admiro mucho y le propuse que haga el archivo. Los mails que los lea ella –me dije. Cuando Vero entró, ya tenía todo delimitado: “Ahí están las fotos, los contratos, ahí sus trabajos de publicidad, eso es tal cosa”. Yo me había abocado a saber qué había y dónde y por consejos de ella no había movido absolutamente nada. El catálogo de cómo dejó todo, dónde y por qué. Esa imperiosa necesidad que tienen los archivistas de meterse en la mente del otro a través de cómo hacían sus cosas y cómo ubicaban las cosas. Vero abrió sus cuadernos y yo también los había abierto. Pero dice: “Todos sin terminar. Escribía la mitad y empezaba otro”. A mí me dejaba sin cuidado, a ella no. También me habló de la repetición. Para mí era natural, debo ser parecida. Una foto impresa veinte veces y puesta en veinte lugares diferentes, señales. El problema sería con sus

inéditos que están guardados aproximadamente diez veces con el mismo nombre y treinta veces por cambio, lo que implicaba leer cada versión, adivinar la fecha (porque en su computadora tenía desconfigurada la hora, el día y el año) y adivinar cuál fue primero, si quitó el segundo final o decidió agregarlo o al corregir en realidad lo quitó, o decidió seguir poniendo y esas cien páginas leerlas más o menos mil veces para desentrañar alguna verdad que solo él tiene y darse cuenta que sólo lo guardó repetido por las dudas y que no había ningún cambio. Supe que Verónica ya estaba en el universo Fogwill cuando lo saludaba al entrar y se despedía de él al salir o cuando le preguntaba: "Quique: ¿dónde dejaste tu partida de nacimiento?..." Y segundos más tarde se dirigía a algún cajón, agarraba una carpeta específica y aparecía lo que ella buscaba en vano durante semanas sin preguntarle o pedirle permiso. Cuando ya estábamos vaciando su casa yo sentí que se había ido con su cama. Pero Vero me dijo que no, que andaba todavía por ahí. No sé aún a cuál objeto está aferrado. Pero Verónica parece tenerlo claro. Y él parece estar demasiado contento con Verónica. Y no se fue. Sigue. Va guiando. Elegí al azar por Internet una baulera judicial para guardar temporalmente su biblioteca y algunos de sus objetos de colección mientras se define la situación de la fundación. Lleno el formulario en Internet para solicitar un presupuesto. Minuto después me llama el dueño conmovido. Era un amigo suyo, nadaban en el club y hablaban de autos y relojes. Me hace un precio. Demasiadas coincidencias. Hasta de lo que me quise escapar terminé teniendo que hacer. No hubo caso. Nadie pudo nada. Nadie de la familia tiene un rato para dedicarle a esto. Son todos importantes y hacen cosas muy importantes. Antes de que mi papá parta yo me estaba dando el alta en terapia. En mi caso, el alta siempre se lo da el paciente. Nunca el analista. Pero en la última sesión lo internaron. Y, por supuesto, tuvo que dilatarse el alta. Luego supuestamente murió y también no era el momento. Un mes después, yo insistía en que no podía ingresar a su casa y tenía los tickets para irme a vivir por fin afuera con mi familia y deseaba eliminarme del listado de herederos, aunque el abogado insistía que dicho derecho era ilegal, cuando por fin mi terapeuta me avisa que mi papá tenía muy claro que yo me ocuparía de todo y por eso dejó todo así. Me fui enfurecida jurando no regresar más. Y no regresé a terapia. No tuve tiempo. Tenía razón mi querido Luis. ¿Cuánto debo pagar para vivir? Aún no lo sé. Y así yo me di el lujo de leer todos sus inéditos como si fuera una lectora más, como cuando aunque tuviera cinco años la entrega del primer libro era para mí.

Un día se roban la lápida del cementerio. Fue él, estoy segura. Nunca tuvo nada que no se le rompa o se le pierda una parte, nada. Vivía en un departamento de mi hermano. Nada funcionaba sin él. El calefón lo prendía con un golpe con una pinza muy pesada para mí. Todo desarmado: los aires acondicionados y las estufas sin carcasa, la computadora sin funcionarle las teclas con un teclado anexo y unos cables especiales para que el visor y el teclado pudieran estar muy lejos. ¿Cómo escribía un escritor así?... No era dejadez, era desinterés. Siempre fue así. O interés por los circuitos. Una vez no me andaba una computadora, estaba él y me la arregló, la desarmó toda. Fenómeno. Pero... ¡papá! ¡ahora armala! No, si anda, ¿para qué la voy a armar?. ¿Por qué perdió barcos, colecciones de autos antiguos, casas, bibliotecas enteras, muebles, obras de arte y ninguna carta de un amigo?... ¿Por qué están mis cuentos de cuando ni siquiera sabía escribir y sólo los dibujaba porque eran orales y no está el departamento que tenía que heredar, que nos dejó mi abuelo a mi hermano mayor y a mí?... Porque él encontraba valor, mucho más valor a todo eso y yo desgraciadamente también. Por eso no tengo nada. Partes del todo, su título nos describe perfectamente. Partes del todo. Y así, todo este año fueron engranando las partes para que llegue a ser nada. Nada para mí. Mucho para todos.

Sentí desde el momento que entré que le debía algo. Su vida fue la literatura, el pensamiento, la evolución y yo como hija tenía ese deber moral de dejar su vida en el patrimonio de la literatura universal. ¿Cómo haría esto?... Haciendo todo para que su obra esté al alcance de todos y su vida, que es una obra, también suya. Más de cuatrocientas cartas con escritores como Osvaldo Lamborghini, Juan José Saer, Héctor Viel Temperley... Verdades, profundidades, libros sin editar, novelas, cuentos, ensayos, poemas, chistes y adivinanzas u oráculos de bazooka sin imprimirse aún. Sus chistes. Los que nos hizo comer él. O se va de una vez o debo asesinarlo, no hay salida. Sólo quiero que sus libros tomen posesión y se instalen en las mentes de miles de otros, ya no mías. Mi responsabilidad si la tenía ya supongo que la cumplí. Hasta me ocupé de restaurarle la casa que mi papá no pudo evitar destrozar a mi pobre hermano, a quien además le cayó un embargo de cinco cifras por ser su garante alguna vez. Igual nosotros somos como él, eso significa que sabemos, en el fondo, que nada de eso es importante. Pero en el equilibrio de las cosas uno pone la guita y

el otro pone el cuerpo. Los demás no existen. Y el costo mental es igualmente difícil para ambos. Pero pienso que mi tiempo no me lo devuelve nadie. El dinero ya está regresando con sus derechos. Pero el tiempo es un tiempo perdido y quién sabe ganado. ¿Qué es más importante que elaborar la muerte? Nada, se está entendiendo la vida. Ahora yo voy a descansar en paz. Y creo que mi padre también.

Compartir:    



[ULTIMAS NOTICIAS](#) [EDICION IMPRESA](#) [SUPLEMENTOS](#) [BUSQUEDA](#) [PUBLICIDAD](#) [INSTITUCIONAL](#) [CORREO](#)  [RSS](#)

Página12 HOSTED BY 

 Desde su móvil acceda a través de <http://m.pagina12.com.ar>

© 2000-2011 www.pagina12.com.ar | República Argentina | [Política de privacidad](#) | Todos los Derechos Reservados

Sitio desarrollado con software libre [GNU/Linux](#).

RADAR LIBROS

DOMINGO, 21 DE AGOSTO DE 2011

Gentes:

Nada. Los muertos ya no quieren nada. Somos los vivos. Por eso mi padre sabrá entender que luego de un año de trabajo sobre su vida y obra y sintiendo que ya he delegado en las personas más pertinentes su trabajo póstumo me libero de todo. La herencia es aquello que no me podré sacar de encima. No quiero nada, lo dije siempre. Supongo que si mi padre fuera empresario estaría heredando tierras, peleando por dinero, porque sí me hubiera enseñado que vale, o quién sabe llorando las quiebras y sorpresas de nuevos hermanos, mujeres, familias en el extranjero. Pero sale la sucesión y se reparte y a otra cosa. Pero me digo, no. No debe ser así, es muy simple. Ninguna muerte simplifica. Ahí somos todos iguales, los hijos y los padres. Los que se van se van igual y los que quedan quedan con problemas de la misma intensidad y diferente tenor. Pero quedan queda algo. Aunque sea un acto último en un pedazo de pan mordido. Y a veces alguien vive la vida que el otro dejó. ¿Cuándo se termina y muere?... Creo que depende de nosotros. La otra muerte no. Esa es circular. Como decía mi padre, estoy acá temporariamente. Por eso alquilaba y no compraba nada. Miento. Después de enterrarlo en un cementerio público suponiendo que el mercado capitalista de la muerte iba en su contra y aunque él me decía siempre que lo tire al tacho de basura (cosa que no pude hacer porque me ganó la morgue de mano), encontré, casi año después, el contrato de 1998 con la parcela de color naranja en el sitio Q de un cementerio privado de Quilmes que había comprado. Quizá para recalcar que su única compra fue su muerte. Que eso sí lo sabía. Y, de paso, me dejó una comprada a mí en cuotas, pero por suerte la dieron de baja por falta de pago. Qué lindo, ¡gracias pa!



Compartir:



Help a él

SUBNOTAS

- » **Gentes:**
- » [A todos ustedes:](#)

MIS RECORTES: 0 [0%]

RADAR LIBROS INDICE

NOTA DE TAPA
[Help a él](#)
Hace exactamente un año, moría Fogwill. Así como había escrito algunos de los mejores cuentos...
Por Vera Fogwill

[Eramos tan pobres](#)
Por Angel Berlanga

[Literatura y conspiración](#)
Por Laura Galarza

[Enigmas plebeyos](#)
Por Juan Pablo Bertazza

[La arqueología del saber](#)
Por Sebastian Basualdo

[El metafísico que no quería dormir](#)
Por Guillermo Saccomanno

[Los paraísos artificiales](#)
Por Alejandro Soifer

DE COLECCION > UNASERIE DE LIBROS, CLASICOS Y CONTEMPORANEOS, CON LO MEJOR DEL ARTE Y LA ESTETICA.
[Hermosos y malditos](#)
Por Gabriel D. Lerman

RADAR LIBROS

DOMINGO, 21 DE AGOSTO DE 2011

A todos ustedes:

Que pierden tiempo leyendo para enterarse cosas muy insignificantes...
 Un dato importante: en la calle Talcahuano llegando a Corrientes de la mano izquierda, en una librería jurídica a una cuadra de Tribunales, se vende un libro de tapa dura y doscientas páginas que explica para la gente común cómo hacer un testamento. Y se titula, por si no lo ubican en vidriera, Como hacer tu testamento. Cómprenlo y háganlo. Dejen todo por escrito, vagos. Adiós.

PD: Agradezco a que gracias a Radar conseguí mi nuevo trabajo de escribir obituarios para cementerios públicos. Es un trabajo noble, endulza al vivo de la amargura del muerto. Y recuerden que la literatura es todo aquello que uno no pudo o puede vivir. El resto es verdad. Extraño a mi papá.

Compartir:    



Help a él

SUBNOTAS

- » [Gentes:](#)
- » [A todos ustedes:](#)

MIS RECORTES: 0 [0%]

RADAR LIBROS INDICE

NOTA DE TAPA
[Help a él](#)
 Hace exactamente un año, moría Fogwill. Así como había escrito algunos de los mejores cuentos...
 Por Vera Fogwill

[Eramos tan pobres](#)
 Por Angel Berlanga

[Literatura y conspiración](#)
 Por Laura Galarza

[Enigmas plebeyos](#)
 Por Juan Pablo Bertazza

[La arqueología del saber](#)
 Por Sebastian Basualdo

[El metafísico que no quería dormir](#)
 Por Guillermo Saccomanno

[Los paraísos artificiales](#)
 Por Alejandro Soifer

DE COLECCION > UNASERIE DE LIBROS, CLASICOS Y CONTEMPORANEOS, CON LO MEJOR DEL ARTE Y LA ESTETICA.
[Hermosos y malditos](#)
 Por Gabriel D. Lerman